



La visión de John Senior en *The Restoration of Christian Culture*
Apuntes a partir de su reciente traducción española
Dr. Ceferino Muñoz
Dios y el hombre, vol. 4, n. 1, e059, 2020
ISSN 2618-2858 - <https://doi.org/10.24215/26182858e059>
<https://revistas.unlp.edu.ar/DyH/index>
Cátedra libre de pensamiento cristiano – UNLP
Seminario Mayor San José
La Plata, Buenos Aires, Argentina

LA VISIÓN DE JOHN SENIOR EN *THE RESTORATION OF CHRISTIAN CULTURE* Apuntes a partir de su reciente traducción española

The Vision of John Senior in *the Restoration of Christian Culture*
Notes from its recent Spanish Translation

Dr. Ceferino Muñoz

ceferino.munoz@um.edu.ar

Conicet / Universidad Nacional de Cuyo – Mendoza – Argentina

Resumen

El presente trabajo busca reflexionar sobre algunos núcleos temáticos de la primera traducción española de *The Restoration of Christian Culture*, perteneciente al pensador norteamericano John Senior. Para ello se hace un recorrido por la estructura y contenido del libro y se resaltan ciertos conceptos que aparecen como fundamentales para entender la aguda mirada que ofrece Senior de la cultura actual y de los elementos que no deberían obliterarse si se quiere sentar las bases para recuperar una cultura animada por la cosmovisión cristiana.

Palabras clave: John Senior, restauración, cultura, cristianismo, razón, fe, traducción española.

Abstract

The present work seeks to reflect on some thematic cores of the first Spanish translation of *The Restoration of Christian Culture*, written by the American thinker John Senior. For this, a tour of the structure and content of the book is made and certain key concepts are highlighted, in order to expound the acute look offered by Senior about the current culture and the elements that should not be obliterated if we want to lay the foundations of a recovery of a culture animated by the Christian worldview.

Key words: John Senior, restoration, culture, Christianity, reason, faith, Spanish translation.

Recibido: 26/12/2019

Aceptado: 02/04/2020

Publicado: 24/06/2020



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

I

*La restauración de la cultura cristiana*¹ (Senior, 2016) es el nuevo libro que nos ofrece la editorial argentina Vórtice, perteneciente al literato cristiano de origen norteamericano John Senior (1923-1999)², antiguo profesor de la Universidad de Kansas y, junto a Dennis Quinn y a Frank Nelick, uno de los impulsores allí del *Pearson Integrated Humanities Program* (Programa Integrado de Humanidades Pearson), que se llevó adelante durante los años ´70. Tal programa tenía como objetivo algo que ya en esa época sonaba a disparate: *enseñar que la verdad existe y que podemos conocerla*. Tal misión iba a tener como vehículo fundamental la difusión de los clásicos y la puesta en valor de la cultura occidental. En este sentido, “los jóvenes recibieron una sólida dieta de clásicos, poesía, música y mitos y, lentamente su vigor educativo comenzó a revivir” (Senior, 2016, pág. 15). El lema que animaba el programa era *Nascantur in admiratione* (Que nazcan en el asombro). Pues como el mismo Senior recuerda al referirse a aquellos jóvenes “No era solamente que habían perdido su fe sino que habían perdido la razón. La fe necesita tener algo en la naturaleza del hombre sobre la cual trabajar. Y nuestra tarea fue restaurar esa naturaleza” (Senior, 2016, pág. 15).

Lo más sorprendente, tal como se señala en la introducción, es que dicho programa de estudios —que por lo demás se dictaba en una universidad estatal— ofrecía una visión crítica del mundo, del relativismo cultural y del humanismo ateo imperante, y aun así contaba con centenares de asistentes. Incluso más, muchos de sus alumnos terminaron convertidos al catolicismo —treinta y uno de ellos se hicieron monjes en la abadía francesa de Notre Dame de Fontgombault— e incluso muchos influyeron notablemente en la sociedad civil.

¹ John Senior, *La restauración de la cultura cristiana*, Vórtice, Buenos Aires, 2016, pp. 210 ISBN 978-987-9222-79-9. La versión original: *The Restoration of Christian Culture*, Ignatius Press, San Francisco, California, 1983. Luego reeditado por IHS Press, Norfolk, 2008.

² Otros libros del autor: *The Way Down and Out: The Occult in Symbolist Literature*, Cornell University Press, Ithaca, New York, 1959; *The Death of Christian Culture*, Arlington House in New Rochelle, New York, 1978 (reimpreso por IHS Press, Norfolk, 2008); *Pale Horse, Easy Rider*, Shakespearean Rag Press, 1992; *The Idea of a School* (inédito) 1994.



La traducción al idioma español del ejemplar estuvo a cargo del catedrático Rubén Peretó Rivas, titular de la cátedra de Historia de la Filosofía Medieval en la Universidad Nacional de Cuyo e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (Argentina). Además, el Dr. Peretó Rivas es un gran conocedor de la vida y obra de diversos escritores cristianos, sobre todo anglófonos, lo cual sin dudas ha contribuido notablemente a llegar en este caso particular a una cuidada y amena versión española, pues el entender el contexto del autor y la intencionalidad del texto son algunos de los requisitos indispensables para una buena traducción.

Yendo al contenido del libro, el mismo está dividido en siete capítulos; además cuenta con un prefacio del hijo de Senior, Andrew Senior; con un prólogo de Dom Philip Anderson, alumno converso de Senior y monje benedictino; con una introducción del traductor y con la presentación de Natalia Sanmartín Fenollera, autora del *best-seller* internacional *El despertar de la señorita Prim* (2013).

Desde el mismo título de la obra, *La restauración de la cultura cristiana*, pareciera que estamos frente a un texto de carácter general, impreciso y hasta pretensioso. Decimos esto pues no deja de resultar extraño que alguien en poco más de doscientas páginas pueda ocuparse de tanta empresa, si es que incluso puede afirmarse que alguna vez hubo algo llamado *cultura cristiana*. Es decir que el libro, para que merezca la pena su lectura, a lo menos debería ser capaz de cumplir con algunos requisitos mínimos: explicar con precisión si en estos dos mil años de cristianismo hubo una cultura cristiana, qué características distintivas posee dicha cultura, y qué implica restaurarla. Como estamos frente a un académico, podríamos esperar que en las páginas abunden citas eruditas o que haya remisiones permanentemente a las fuentes de las que se sirve el autor. Empero no es este el caso y tampoco parece que fuera tan necesario tal recurso científico, ya que Senior se nutre fundamentalmente de la enseñanza bimilenaria de la Iglesia católica. Su fuente es la tradición y la autoridad de los clásicos paganos y cristianos a los que recurre con la soltura del que se asombra, conoce y ama apasionadamente aquello de lo que habla.

A las aparentes dificultades recién mencionadas podría sumarse que el autor es capaz de hablarnos de los más variados asuntos con un estilo que por momentos puede parecernos desordenado o desprolijo, lo cual daría la

impresión de estar frente a un mero centón; pero ciertamente ésta no es una dificultad sino una consecuencia de la temática abordada que así lo requiere: hablar de la cultura cristiana es hablar de todo lo que habla Senior y de mucho más, porque dicha cultura no es una simple enumeración de prácticas o ejercicios, ni es pasible sin más de ordenación en esquemas mentales o de clasificación en taxonomías racionales; aunque no por ello es irracional. Todo lo contrario: al decir de Senior, “la cultura cristiana es el medio natural de la verdad, asistida por el arte, ordenada intrínsecamente —es decir, desde dentro— a la alabanza, la reverencia y al servicio del Señor nuestro Dios” (Senior, 2016, pág. 29).

En virtud de lo anterior, una mirada atenta podrá descubrir que la anarquía del libro no es tal, sino que el autor posee una pluma con tinta de sabiduría, capaz de ir engarzando en un sólido eje, de modo sutil y mediante finas intuiciones, los más diversos asuntos que hacen a la esencia del cristianismo. En este sentido, nos parece conveniente resaltar ciertos tópicos a fin de mostrar que detrás de ese estilo tan particular de Senior y de la aparente generalidad del libro hay un argumento fuerte en cada parte capaz de interpelar al lector y un hilo conductor en toda la obra que, si bien muchos captarán inmediatamente, quizás a otros más distraídos (como en mi caso) se les escapará en una única y/o rápida lectura, propia de los tiempos que nos tocan vivir y al que muchas veces nos vemos sometidos.

En las páginas que siguen nos abocaremos a describir brevemente los capítulos del libro, deteniéndonos especialmente en los más cercanos al ámbito universitario. No obstante, no podemos soslayar el referirnos a ciertas cuestiones que el libro también plantea claramente y que de un modo u otro tocan a todos los cristianos, sea cual sea su ocupación, pues en el fondo todos ellos comparten la misma vocación.

II

El capítulo primero es homónimo del libro: “La restauración de la cultura cristiana”. En este apartado el autor, con notable sencillez pero no con menos profundidad, define qué es la cultura cristiana, centrándose en los conceptos de amor y de verdad; y lo hace ateniéndose ni más ni menos que a la enseñanza



tradicional de la Iglesia. Para que pueda haber una verdadera restauración de la cultura cristiana se debe volver al principio que anima dicha cultura: el amor, y para restaurar el amor hay que restaurar la razón. Aquella razón que orienta y que muestra el fin hacia el cual nos dirigimos, pues la acción sin finalidad termina destruyéndose a sí misma; es la razón del loco al que refiere Chesterton en *Ortodoxia*, ese loco que no es tal por haber perdido la razón, sino por haberlo perdido todo menos la razón. De allí que para Senior, como ya adelantamos, la cultura cristiana es el lugar natural de la verdad, a la cual solo llega una razón teleológica, tensada hacia el Creador. Así nos dice:

Debemos grabar en nuestro corazón la primera ley fundamental de la economía cristiana: el fin del trabajo no es la ganancia sino la oración, y la primera ley de la ética cristiana: debemos vivir para Cristo, no para nosotros mismos. Y vivir en Él es amar (Senior, 2016, pág. 32-33).

Con todo, para amar necesitamos conocer el lenguaje del amor y éste es el de la música, el que toda la creación canta dando gloria a Dios. Dicha música se manifiesta preferentemente en la poesía y la literatura, y está contenida en lo que Senior llama los *mil buenos libros*. Él nos invita a esforzarnos desde la misma familia por “restaurar la lectura en la casa y, sobre todo, la lectura en voz alta: junto al fuego del hogar en invierno, y en el porche, en las noches de verano [...] De este modo, la familia se reunirá por la noche en el hogar; y porque vivirá al unísono, el afecto y el amor renacerán sin pensarlo” (Senior, 2016, pág. 40 y 39).

El capítulo siguiente se titula “El holocausto climatizado”, y se concentra en la tecnología y en sus peligros actuales y latentes. Muchos de esos peligros anunciados por Senior ya los hemos vivido y otros lamentablemente los estamos padeciendo. Ahora bien, como contrapartida a estos peligros nuestro autor hace un elogio a la vida ordinaria, la cual será la que nos preserve de esta idolatría por lo tecnológico y nos devuelva a una vida auténticamente humana:

al aire y al agua naturales, a las flores y a los árboles, y más importante aún, a los barrios y aldeas en los que podamos caminar a una velocidad humana normal, comprar en comercios amistosos donde el carnicero y el almacenero conozcan a sus clientes, enviar a nuestros hijos a colegios en los que los padres

conozcan a los maestros y los maestros amen su oficio y a sus alumnos. Por supuesto, dado que somos humanos, podemos fallar, pero porque podemos hablar entre nosotros, existe la posibilidad de que nos convirtamos en amigos y, aunque esto no resolverá la crisis mundial y la recesión económica, podremos vivir en hogares decentes aunque modestos, como familias [...] (Senior, 2016, pág. 67-68).

En definitiva, el autor nos propone una *pobreza feliz*. Y esta invitación implica un cierto rechazo a las modas tecnológicas en pos de los verdaderos instrumentos de una cultura cristiana, pues, como recuerda Senior, nadie se reúne a cantar en torno a un parlante pero sí de un piano, las familias no acercan sus sillas a un calefactor pero sí lo hacen al calor de una chimenea porque ese es un fuego viviente y no artificial. Hay que volver a las cosas simples. Por supuesto que el autor es consciente de que ésta no será la solución final, pero sí una condición indispensable para un cambio de dirección que con el tiempo puede trasuntarse en mutaciones mucho más profundas. La vida que propone Senior es la vida del cultivo de las pequeñas cosas que solo florecen en un ámbito que se mueven al ritmo de la naturaleza. Una vida en donde los hombres, al decir de Belloc, se junten a tomar porque están alegres y no para estar alegres, una vida en donde las mujeres no tienen que trabajar para pagar deudas sino que se dedicarán a participar con Dios en la creación y en la vida, esto es, una vida que libere a la mujer de su *moderna emancipación*, la cual en realidad es *dócil esclavitud*. En suma, una vida en la que cada cosa tiene el lugar que naturalmente le corresponde.

El capítulo tercero se titula "La agenda católica" y es un firme recordatorio de nuestras reales obligaciones como hijos de Dios. Dicha agenda no consistirá en embarcarse en grandes revoluciones sociales o en cambiar el orden político o económico, sino que las tres palabras que marcan el itinerario católico son: trabajo, oración y sacrificio. La agenda de un católico tendrá que concentrarse en las elecciones morales del día a día:

El fin inmediato —explica Senior— es hacer simplemente el trabajo que hay que hacer: para el carnicero, cortar la carne, y para el maestro enseñar las tablas de multiplicar. El fin próximo, del latín *proximus*, significa «vecino», exactamente como en la frase «Ama a tu prójimo» [...]. El fin próximo, sorprendentemente



quizás, se alcanza fundamentalmente en la oración. Y el final, o último propósito, la razón por la cual trabajamos y rezamos, es conocer y amar a Dios, como Él es en sí mismo, en tanto sea posible, imitando la vida terrena de Jesucristo, cuyo acto más importante fue un sacrificio" (Senior, 2016, pág. 84).

Es el fin final, pero que se presenta a modo de paradoja: por medio del dolor de la cruz se alcanza el gozo del cristiano, es la participación del gozo a través del sufrimiento.

El capítulo cuarto se titula "Teología y superstición". El pensador norteamericano sostiene que la teología (sobre todo la de Santo Tomás) se ha convertido en superstición porque la mayoría de las personas han perdido la capacidad para entenderla. Y esta realidad seguramente es multicausal, pero nuestro autor se ocupa de señalar dos razones cardinales. La primera se da en las décadas previas al Concilio Vaticano II, donde los seminarios se esforzaron en sistematizar la obra de Tomás pero de un modo tan rígido y escolar que crearon las condiciones para que el espíritu del Doctor Común terminara perdiéndose detrás de máximas descontextualizadas e inertes. Por supuesto que esto fue con las mejores intenciones de preservar a los jóvenes de intelectos débiles e inexpertos del error; pero es patente que esto no surtió efecto. Y está a la vista lo ávidas que estaban las generaciones de sacerdotes por una teología viva que ciertamente no encontraban en el llamado *tomismo*. La segunda causa que señala Senior está vinculada a la imposibilidad de los jóvenes seminaristas de ejercer un pensamiento especulativo, toda vez que salían de las escuelas desprovistos de los conocimientos de latín y el de las artes liberales. Claro está, ya se vivía en una época donde la cultura cristiana había colapsado. Para ese entonces las escuelas primarias y secundarias ya habían reemplazado la poesía y la historia por los estudios técnicos. La *Ratio studiorum* había sido sustituida por el entrenamiento preprofesional para la tecnología, situación que pervive hasta nuestros días. Frente a este panorama, el tomismo era solo una caparazón vacía y los estudiantes más lúcidos creyeron que era el momento de encontrar una nueva síntesis entre razón y fe, de allí que abundaron los coqueteos intelectuales y los sincretismos filosóficos y teológicos con pensadores contemporáneos como Scheler, Heidegger, Marx, etc.

Ahora bien, para nuestro autor ninguna restauración cristiana será factible si antes no se retorna a los primeros principios de la razón teórica y de la razón práctica, pero esto supone como condición previa el regresar a la realidad ordinaria de la que se nutren esos *principia*, pues si tenemos desordenados el intelecto y la voluntad ninguna reparación será posible. Es como aquel estudiante que luego de leer los *Diálogos* platónicos persiste en su escepticismo, entonces ese joven —dice Senior— ni siquiera está capacitado para continuar con el estudio de la filosofía. La filosofía y la teología, al igual que la rueda, ya se inventaron. Esta última podrá ser de distintos materiales o tamaños, pero para que sea rueda deberá conservar sus notas esenciales. Lo mismo pasa con la filosofía y la teología:

ya fueron hechas, aunque existan todavía grandes áreas de discusión, pero los contenidos han sido delimitados y la extensión del terreno ya ha sido cartografiada. Pero aun así, hay algunos que quieren hacerlo a su modo, de manera diferente, desperdiciando sus mentes y perdiendo el tiempo intentando reinventar la rueda. Quieren tener su propia filosofía y su propia teología cuando lo único que puede ser hecho es hacer filosofía y teología por uno mismo entendiendo la que ya se hizo (Senior, 2016, pág. 128).

Para Senior las grandes líneas de la verdad católica ya fueron hechas y están contenidas en los grandes autores cristianos, pero sobre todo en la *Suma Teológica* del Aquinate.

El capítulo quinto lleva por nombre “El espíritu de la Regla”. Aquí el autor propone un paralelismo entre el espíritu de la famosa Regla de San Benito y los ideales que deben guiar a la comunidad universitaria; y lo hace desglosando con suavidad y sin interpretaciones forzadas algunas frases del Prólogo de la mencionada Regla:

Ausculata, O fili, praecepta magistri... [Escucha hijo, los preceptos del maestro...].

Esto refiere al silencio benedictino. Y para escuchar, antes uno debe callar por dentro y por fuera. Lo cual significa que el silencio es mucho más que ausencia de ruidos; es, de acuerdo con el decir de Platón, un cierto estado de justicia en el alma, en donde las pasiones, la voluntad y la razón están



ordenadas a sus fines. En este sentido, los universitarios deben saber que solo el justo, el que escucha con paciencia y atención, recibe la revelación de lo real, a la cual está sujeta toda ciencia. Solo el asombro engendra una verdadera educación.

...et inclina aurem cordis tui, et admonitionem pii patris libenter excipe, et efficaciter comple [e inclina el oído a tu corazón y acepta de buen grado las advertencias de tu padre amoroso, y cúmpelas eficazmente].

La primera frase refiere al amor que los estudiantes deben tener hacia sus profesores y que éstos deben ser dignos de tal amor. Nada hay nada tan dañino como la llamada *inteligencia crítica* que rechaza *a priori* o duda de antemano de todo. Pues bien, ese estudiante quizás logrará un saber técnico, pero nunca podrá experimentar la *razón de ser* de la ciencia. Esta inteligencia crítica, al decir de Senior, “es un profiláctico para la belleza, el bien y la verdad” (Senior, 2016, p. 139). La segunda frase indica que los estudiantes además de los consejos también deben aceptar de buen grado las correcciones y reprimendas de su guía intelectual, quien en este caso es como un padre. La docilidad y humildad son *conditiones sine qua non* para aprender y para que haya una verdadera relación de maestro y discípulo. Esto marca “una analogía del amor entre Dios y el hombre, del cual deriva toda paternidad en el cielo y en la tierra. Esto significa que el propósito del estudio no es adquirir una filosofía propia, como frecuentemente se dice, sino aprender filosofía” (Senior, 2016, p. 140). Para Senior —quien sigue toda una tradición marcada por Sócrates, Santo Tomás y Newman, entre otros— el propósito de la universidad no es la investigación, sino la amistad. La investigación está subordinada al saber, a la sabiduría. Pero el estudiante además de recibir los preceptos y de dejarse corregir por el maestro debe ponerlos en práctica. Los universitarios deben ser los mejores de su comunidad. “La universidad debe ser la imagen ejemplar, no el reflejo servil de la comunidad; o, peor aún, la iniciadora miserable de variadas e innumerables prácticas a las que llama «liberación»” (Senior, 2016, pág. 141).

ut ad eum per obedientiae laborem redeas, a quo per inobedientiae desidiam recesseras [para que por el trabajo de la obediencia vuelvas a él del cual caíste por la pereza de la desobediencia].

Como bien se sabe, el lema de San Benito es *Ora et labora*, y para nuestro autor el mayor pecado de la universidad es la *desidia*; entendida ésta como aquella indolencia ante la burocracia y las exigencias económicas que devoran a la academia, o la desvergüenza de profesores y alumnos que detrás de las encuestas y estadísticas ocultan su pusilanimidad ante la progresiva pérdida de lo esencial.

Processu vero conversationis et fidei, dilatato corde, inenarrabili dilectionis dulcedine curritur via mandatorum Dei [Mas, al progresar en la conversación y en la fe, se dilata nuestro corazón, y corremos por la dulzura de un amor inefable, por el camino de los mandamientos de Dios].

Aquí el término *conversación* (*conversatio*) indica principalmente *el hábito de la unión con Dios*. Senior es consciente de que puede resultar ridículo pretender que las universidades abandonen su *espíritu crítico*, pero no duda en sugerir que se reorienten hacia una conversión o nuevo nacimiento de los alumnos en la luz de los viejos transcendentales: lo bello, lo bueno y lo verdadero. El autor tampoco pretende que las universidades se rijan por la Regla benedictina, sino que sean templadas por su espíritu. Aún en medio de la hegemonía de lo científico y lo técnico, es necesario encontrar silencio para aquellos que quieren dedicarse enteramente a la sabiduría (el estudio de los primeros principios y primeras causas), misión que tenían los *colleges*, los cuales no fueron concebidos para la acción sino para la contemplación, para la más elevada de las formas de amistad que es la oración, por medio de la cual nos convertimos en verdaderos amigos de Dios, del Primer Principio de todo. En definitiva, que la universidad esté templada por la Regla significa tener plena consciencia de que su fin es volver a Dios, del cual nos alejamos.

El capítulo sexto se titula "La solución final para la educación liberal". En este apartado el autor afirma que las controversias en educación en el fondo responden a diferencias filosóficas y en última instancia religiosas. Es la lucha entre filosofía y sofística que ya Sócrates había explicado e ilustrado con su propia muerte. La sofística de hoy es el relativismo imperante principalmente en los *mass media*, pero también en escuelas y universidades, que al decir de Senior "se han convertido en algo similar a seminarios de un sacerdocio relativista donde se forman los escritores, sus editores, sus maestros y sus



gerentes" (Senior, 2016, pág. 159). Pese a lo paradójico que puede sonar, dicho relativismo ha tomado tintes totalitarios, por ello nuestro autor, adelantándose a lo que Benedicto XVI no hace mucho llamó la *dictadura del relativismo* (Ratzinger, 2005)³, explica que

se impone a todos con la fuerza inquisitorial de un fariseísmo fanático que contradice los principales artículos de su propio credo, tales como el de «libertad académica», «libertad religiosa», «separación de la Iglesia y el Estado», y excluye definitivamente la visión realista y en especial su visión cristiana que ha sido dominante en la civilización occidental desde la conversión de Constantino (Senior, 2016, pág. 159-160).

Así está visto que en las universidades se puede estudiar la religión cristiana pero ¡cuidado con creer en ella! Ésta, como las otras religiones, es abordada como mitología.

Nuestro autor también hace foco en un tema que por darse de modo constante lo hemos tomado por natural y hasta necesario para el saber: *la discusión en clase*. Nunca en el pensamiento clásico *la discusión* formó parte de los antiguos grados de saber. A estos pertenecían la poética, la retórica, la dialéctica y por último la ciencia (*episteme*). Pero de la discusión nada dicen los clásicos. Ahora bien, ya en el siglo XVI a partir de la filosofía cartesiana, que todo lo puso en duda, surge un quinto modo de conocimiento que fue bautizado por Montaigne como *essai*, el ensayo. Para este pensador escéptico la única certeza es que no hay certezas y que la verdad nunca es más que un *essai*. Pues bien, hoy por hoy la discusión domina los modos de exposición en todas las esferas de la sociedad. Como bien lo nota nuestro autor, el problema aquí es que nadie escucha porque el objetivo no es *alcanzar la verdad* sino *ganar la discusión*, por eso no hay reflexión ante lo que dice el otro sino respuestas inmediatas y vehementes. Incluso hasta la palabra "verdad" está vedada en tales discusiones. En definitiva, esto muestra ni más ni menos que es el hombre el que se ha convertido en medida de todas las cosas. La solución de

³ Antes también había hablado del relativismo como el problema más grande de nuestra época (Ratzinger, 2003, pág. 75).

Senior a este problema es tajante: la *suspensión del parloteo*. El que sabe algo o tiene autoridad que explique tanto como crea necesario y a quiénes considere apropiados, y que todos los demás escuchen en silencio.

Pero Senior nos había dicho al principio del capítulo que las controversias educativas hunden su última raíz en un problema religioso. Claro está, dejar deliberadamente a Dios fuera de las escuelas o universidades implica toda una toma de postura: la negación de Dios como el que crea y mantiene a todas las cosas en su ser.

El séptimo y último capítulo del libro lleva por nombre "Las tinieblas de Egipto". La pregunta que guía esta sección es si puede haber un humanismo cristiano. A lo que el autor responde que los *ismos* son el resultado de ideas fijas que pueden conducir a fanatismos, y debido a que un católico nunca puede ser sectario, no puede existir un humanismo cristiano *sensu stricto*; lo que sí puede haber es una cultura católica, como lo fue en la Edad Media, donde el espíritu de Cristo informaba todos los ámbitos de la vida, hasta los detalles más mínimos.

Ahora bien, la restauración de tal cultura cristiana implica no solo la lucha contra las actuales tinieblas de Egipto (el infanticidio, la educación sexual y la pornografía), sino principalmente un trabajo positivo de restauración de la cultura destrozada por los ataques del humanismo. Como ya nos ha dicho Senior, "el problema no es encontrar la verdad y proclamarla, sino tomarla en serio, escucharla y vivir en consecuencia" (Senior, 2016, pág. 193).

III

Hasta aquí el contenido de algunos aspectos del libro. Si bien la síntesis que hemos propuesto no deja de ser personal y seguramente carece de los matices y riqueza del texto completo, no pretende más que ser un acicate para aproximarse y saborear una obra que todo cristiano que se precie de tal debería a lo menos tener en los anaqueles de su biblioteca, pues tarde o temprano sentirá la necesidad de hojearlo o el peregrinar de la vida así se lo demandará.

Ciertamente hay afirmaciones que pueden escandalizar a algunos (el mismo autor así lo reconoce), pero tales aseveraciones simplemente pueden pasarse por alto o bien comprenderse benignamente en el contexto del



mensaje global de Senior y de las razones más profundas allí aducidas. Asimismo, el libro no abunda en mayores novedades más sí en originalidades, pues, como se dijo, su fuente son los autores clásicos y la tradición de la Iglesia —y de eso trata precisamente la originalidad en su significado pleno: de volver al origen. En este sentido, el libro logra poner a disposición del lector contemporáneo dos elementos clave, que sin perder su riqueza propia se ven amalgamados y sublimados en una misma cosmovisión: por un lado la vigorosidad de los clásicos, que constantemente tendrán algo para decirnos —dado que son atemporales y siempre genuinos— y por otro la vivacidad de esa tradición cristiana que se actualiza en cada época de la humanidad, porque al decir de Senior “La tradición occidental, que asimiló todo lo mejor del mundo greco-romano, nos ha dado una cultura en la cual la fe se desarrolla sanamente” (Senior, 2016, pág. 43).

En resumidas cuentas, la obra se presenta como uno de esos escritos que al terminar su lectura uno ya no es el mismo. Nuestro autor nos ha dicho algo que quizás ya conocíamos o presentíamos, o que incluso añorábamos como recuerdo ancestral; aun así sus palabras conmueven de tal forma que ya no podemos poner en sordinas el mensaje allí expresado.

Bibliografía

- Ratzinger, J. (2003). *Fede, verità e tolleranza: Il cristianesimo e le religioni del mondo*, Siena.
- Ratzinger, J. (2005). *Homilía del cardenal Joseph Ratzinger, decano del Colegio Cardenalicio. Misa Pro eligendo Pontifice*:
http://www.vatican.va/gpII/documents/homily-pro-eligendo-pontifice_20050418_sp.html
- Sanmartín Fenollera, N. (2013). *El despertar de la señorita Prim*, Planeta, Barcelona.
- Senior, J. (2016). *La restauración de la cultura cristiana*, Vórtice, Buenos Aires.